

XVII Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología. XXXII Jornadas de Investigación XXI Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. VII Encuentro de Investigación de Terapia Ocupacional. VII Encuentro de Musicoterapia. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2025.

Sorpresa aterrada: entre tyche y automaton.

Vargas, David.

Cita:

Vargas, David (2025). *Sorpresa aterrada: entre tyche y automaton*. XVII Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología. XXXII Jornadas de Investigación XXI Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. VII Encuentro de Investigación de Terapia Ocupacional. VII Encuentro de Musicoterapia. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-004/462>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/eNDN/PxT>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

SORPRESA ATERRADA: ENTRE TYCHE Y AUTOMATON

Vargas, David

Universidad de Buenos Aires. Buenos Aires, Argentina.

RESUMEN

En el presente texto, enmarcado en una investigación dedicada a la noción de sorpresa aterrada como expresión transferencial del horror al saber, se lleva a cabo una revisión bibliográfica con el objetivo de plantear que dicha noción podemos ubicarla entre la *tyche* y el *automaton* aristotélico reformulado por Lacan. Para lograr tal propósito, se realiza un recorrido por las formulaciones de Aristóteles respecto a las tres premisas de la fortuna, así como la relación entre la fortuna, la finalidad y las cuatro causas, afirmando que la fortuna sólo concierne a los seres capaces de elegir, así como el azar da cuenta de un ser que ha elegido a pesar de ser incapaz de elegir sin miramiento de las causas finales. Posteriormente, ubicando algunos pasajes de textos freudianos y lacanianos en donde es posible leer la sorpresa aterrada, se destaca el interjuego entre la repetición y el encuentro, señalando que la sorpresa se articula con el horror cuando la división del sujeto tiene lugar al advertirse partícipe de lo que consideraba resultado de una fuerza que no le concernía.

Palabras clave

Sorpresa aterrada - Tyche - Automaton - Transferencia

ABSTRACT

TERRIFIED SURPRISE: BETWEEN TYCHE AND AUTOMATON

In this text, framed within a research dedicated to the notion of terrified surprise as a transferential expression of the horror of knowledge, a bibliographic review is carried out with the aim of proposing that this notion can be located between *tyche* and the Aristotelian *automaton* reformulated by Lacan. To achieve this purpose, an examination is made of Aristotle's formulations regarding the three premises of fortune, as well as the relationship between fortune, finality, and the four causes, affirming that fortune only concerns beings capable of choosing, just as chance accounts for a being who has chosen despite being incapable of choosing without regard for final causes. Subsequently, locating some passages from Freudian and Lacanian texts where terrified surprise can be read, the interplay between repetition and encounter is highlighted, pointing out that surprise is articulated with horror when the subject's division occurs upon realizing that he or she is participating in what he or she considered the result of a force that did not concern him or her.

Keywords

Terrified surprise - Tyche - Automaton - Transfer

INTRODUCCIÓN

El descubrimiento freudiano del inconsciente como un saber no sabido hizo que fenómenos de la vida cotidiana cobraran un valor distinto. Aquello que se presentaba como carente de significado, basura del discurso —sueños, chistes, lapsus, errores— se tornaron sustento de un mensaje que insistía en ser leído. Igualmente, la supuesta línea divisoria entre lo normal y lo patológico se desdibujó, dado que los síntomas psíquicos de los llamados “enfermos” respondían a los mismos mecanismos inconscientes que estaban en juego en los ya mencionados fenómenos cotidianos. ¿Por qué este saber no quería ser sabido por quienes padecían sus efectos? ¿Por qué se defendían de ello, prefiriendo incluso enfermar? ¿Por qué, como lo menciona Freud, preferían la estrategia del avestruz antes que advertir dicho saber? Porque no se trata sólo de un saber, de una representación irreconciliable para el yo, sino de una satisfacción que se mezcla con el sufrimiento. En el transcurso de un análisis, nos encontramos con manifestaciones que bien podríamos ubicar como lo planteaba Freud en el historial que lleva por nombre el Hombre de las ratas: “horror de un goce ignorado”.

Es así que, en el presente texto, enmarcado en una investigación dedicada a la noción de sorpresa aterrada como expresión transferencial del horror al saber, planteamos que dicha noción podemos ubicarla entre la *tyche* y el *automaton* aristotélicos y reformulados por Lacan. Para tal fin, ahondamos sobre los planteos de Aristóteles al respecto, así como la relectura que realiza Lacan para, en un segundo apartado, sirviéndonos de algunos pasajes de textos freudianos y lacanianos, demostrar dicha hipótesis.

TYCHE Y AUTOMATON: LECTURA LACANIANA DE LA CAUSALIDAD ARISTOTÉLICA

En el seminario *Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, Lacan se ocupa de distinguir entre *tyche* y *automaton*, siguiendo la lógica aristotélica, para diferenciar transferencia y repetición, ubicando a la primera del lado del encuentro con lo real —encuentro siempre fallido— y más allá del principio del placer; y al segundo en torno al retorno e insistencia de los signos, regido por el principio del placer.

Según Eleb (2007) hallamos tres premisas de la fortuna en Aristóteles. Primera: nos encontramos frente a la fortuna cuando ocurre un hecho poco frecuente o inédito. Segunda: dentro de los hechos, algunos tienen un fin y otros no, lo que lleva a la

pregunta de si, cuando se trata de la fortuna, estos hechos están ligados o no a la finalidad de la elección o la naturaleza. Tercera: cuando la fortuna se asocia a la causalidad, ésta última se presenta como causalidad por sí (únicas) o causalidad accidental (indefinidas, dado que son coincidencias).

Para el filósofo griego, hay una relación entre fortuna y finalidad, teniendo la producción de algo la actuación de cuatro causas: agente, materia, forma y fin, siendo dicha finalidad por elección. Para él, la *tyche* en tanto fortuna, es una combinación entre accidentalidad y finalidad, de modo tal que hace de la fortuna una causa accidental. En esta dirección, Aristóteles se ubica en una problemática ontológica del ser al plantear que sólo quien tiene la capacidad de elegir le concierne la *tyche*, mientras que el azar tiene lugar sin miras al resultado y su causa final está al margen de éste, de allí que concierne incluso a aquellos seres que no puedan elegir: “*El automatón es lo no realizado; el efecto no ha sido previsto ni deseado y no responde a ninguna premeditación específica ni a designio alguno de la naturaleza o el arte*” (Eleb, 2007, p. 30).

Sin embargo, y para nuestro especial interés, en lo que respecto a la elección, el azar da cuenta de un ser que ha elegido a pesar de ser incapaz de elegir sin miramiento de las causas finales, habiendo una disparidad entre el efecto y la causa final.

Por su parte, Lacan, al ubicar al sujeto en la red de los significantes, se desplaza de lo dicho por el filósofo griego al plantear una elección relativa al inconsciente y no al campo del pensamiento, de allí que lo que ocurre como si fuera por azar y sin participación del sujeto lo podemos ubicar como elección inconsciente.

Por fuera de un razonamiento intuitivo, Lacan (1964/2001) considera a la repetición en tanto *tyche* en relación a su dimensión actual y no como mera repetición del pasado, distinción necesaria para no equiparar la transferencia a la repetición:

La repetición, entonces, no ha de confundirse con el retorno de los signos, ni tampoco con la reproducción o la modulación por la conducta de una serie de rememoración actuada. La repetición es algo cuya verdadera naturaleza está siempre velada en el análisis, debido a la identificación, en la conceptualización de los analistas, de la repetición y la transferencia (p. 62)

Esta elaboración de la repetición como siempre novedosa —de la que Kierkegaard ya había dado cuenta— es solidaria al significante, ya que, por un lado, la repetición es de significantes, pero ya sabemos que el significante es siempre otro significante, no se significa a sí mismo: “La preterición que ella [la repetición] contiene es algo muy distinto de ese mandamiento del pasado con que se la vuelve fútil. Ella es ese acto por el que se realiza, anacrónica, la intromisión de la diferencia aportada en el significante. Lo que fue, repetido, difiere, volviéndose sujeto de reiteración” (Lacan, 1968/2012, p. 345).

En el seminario en cuestión, Lacan llama la atención del lugar que ha tenido el trauma en la historia del psicoanálisis, indicando que el origen se presenta en términos accidentales, de “encuentro fallido con lo real”, pero que deviene causa al

imponerse como determinante. Esta perspectiva, destaca Eleb (2007) en donde lo accidental deviene causa, justifica que Aristóteles haya sido el referente para estos planteamientos lacanianos, dado que se oponía al mecanicismo.

Lacan también señala el pasaje del lugar de lo real, desde el trauma al fantasma, en tanto este último “nunca es sino la pantalla que disimula algo absolutamente primero, determinante en la función de la repetición” (Lacan, 1964/2001, p. 68). Sobre esto, Eleb (2007) advierte que, lo que parece ocurrir “por azar”, acude al encuentro del fantasma, lo que denota la función que cumple el deseo del sujeto en el encuentro. De esta manera, lo que la pantalla del fantasma disimula es que la *tyche*, lejos de reducirse al automatón, se encuentra sobredeterminada por un deseo inconsciente.

SORPRESA ATERRADA: REPETICIÓN Y ENCUENTRO

En este apartado nos serviremos de algunos ejemplos rastreados por Alomo y Muraro (2025) a propósito de las referencias en la obra de Freud que nos permiten ubicar la sorpresa aterrada, *die schreckliche Überraschung*, como manifestación del horror al saber. Por nuestra parte, agregaremos otro ejemplo freudiano y uno lacaniano, así como realizaremos comentarios que enriquezcan las posibles interpretaciones de los pasajes mencionados a la luz de lo ya comentado sobre *tyche* y automatón.

Respecto a esta expresión —sorpresa aterrada— que elevamos a estatuto de noción como manifestación transferencial del horror al saber, horror que le es consustancial al sujeto del inconsciente en tanto dividido por un saber no sabido el cual ha reusado, los autores destacan que cuando en la obra freudiana nos encontramos con el surgimiento del horror, igualmente tiene lugar lo repentino y lo inesperado, lo que plantean como “una invariante estructural”: “el horror sorprende y con su irrupción desbarata la homeostasis” (p. 189). No se trata de cualquier sorpresa, sino de aquella que nos asalta cuando un saber que nos hemos esforzado por desalojar de la conciencia se presenta, y en esa presencia, nos concierne como sujetos divididos. Podemos decir, con lo trabajado en el apartado anterior, como eligiendo allí donde no pensamos ni nos reconocemos.

La primera referencia destacada por los autores la encontramos en “Recordar, repetir y reelaborar”, en un pasaje en donde Freud (1914) está haciendo mención a las manifestaciones de repetición en transferencia en su vertiente resistencial: se trata de una mujer de avanzada edad que, en varias ocasiones, bajo un estado crepuscular, había abandonado a su marido y hogar sin que pudiera advertir conscientemente por qué había efectuado esta “evasión”. Luego, al comenzar tratamiento con Freud, lo que inicialmente se había manifestado como una transferencia tierna, “la acrecentó de una manera ominosamente rápida” en los días subsiguientes, dando lugar a que, en una semana, antes que Freud pudiese decirle algo para impedirle la manifestación de repetición, se “evadiera” también del tratamiento

Resulta importante destacar que, si bien la investigación que estamos llevando a cabo respecto a la sorpresa aterrada enfatiza en las manifestaciones transferenciales por parte del paciente, tiene pertinencia señalar que, en este ejemplo, es el analista quien es presa de la sorpresa –le es transferida, podemos decir– por la manera “ominosamente rápida” en que la transferencia tierna, solidaria de la asociación libre, devino en resistencia, dando lugar a la interrupción del tratamiento, sin posibilidad, dice Freud, de haberle advertido a la paciente del carácter de repetición y resistencia de este accionar. Como se evidencia, para la paciente este accionar no tuvo valor de repetición dado que no pudo ser leído oportunamente y transmitido a ésta por parte del analista en el marco transferencial. Por lo tanto, la oportunidad de encuentro, de *tyquico* no se produjo. Una vez más se evidencia lo que Freud también destaca: que el saber del analista no es el mismo que el paciente. Mientras que, para el primero, es esperable que en el análisis se produzcan los fenómenos de repetición en transferencia, y en este punto, no ha de tomarlo por sorpresa; para el segundo, no hay chance de la sorpresa aterrada sin la lectura del analista que permita leer esa repetición como encuentro con lo real fantasmático.

La segunda mención a propósito de la sorpresa aterrada la ubican en “Lo ominoso”, en donde Freud (1919) nos cuenta una experiencia que vivió al caminar por una ciudad de Italia:

Fui a dar en un sector acerca de cuyo carácter no pude dudar mucho tiempo. Sólo se veían mujeres pintarrajeadas que se asomaban por las ventanas de las casitas, y me apresuré a dejar la estrecha callejuela doblando en la primera esquina. Pero tras vagar sin rumbo durante un rato, de pronto me encontré de nuevo en la misma calle donde ya empezaba a llamar la atención, y mi apurado alejamiento solo tuvo por consecuencia que fuera a parar ahí por tercera vez tras un nuevo rodeo. Entonces se apoderó de mí un sentimiento que sólo puedo calificar de ominoso, y sentí alegría cuando, renunciando a ulteriores viajes de descubrimiento, volví a hallar la *piazza* que poco antes había abandonado. (p. 237)

Advirtamos en esta referencia que el sentimiento ominoso no tiene lugar por la repetición en sí misma, no es a la segunda vez que Freud termina en dicha callejuela, sino a la tercera. ¿Qué se introduce como novedad allí? Freud nos lo comunica: empezaba a llamar la atención. Podemos conjeturar que la dimensión del deseo del Otro se presenta en su carácter enigmático, cuestión que evoca a la posición del sujeto en el fantasma, y allí podemos, ahora sí, encontrar la sorpresa aterrada al insinuar la pregunta sobre “¿qué me quiere el Otro?”, evocado por las prostitutas que se asomaban por las ventanas. En el intento de huida, la sorpresa aterrada surge cuando, en la repetición, se insinúa una fuerza que empuja hacia una intención contraria a la consciente y de la que no parece poder sustraerse. Valga dejar indicada una apreciación por parte de Lacan (1962-1963/2006) respecto a cierto tropiezo freudiano igualmente persistente: “Pero, después de todo, lo que a Freud se le escapa es, lo sabemos, algo que

falta en su discurso. Es lo que siempre permaneció para él en estado de pregunta – ¿qué quiere una mujer? Ahí es donde el pensamiento de Freud tropieza con algo que podemos llamar, provisionalmente, lo femenino” (p. 143).

La tercera referencia, respecto al caso de “La joven homosexual”, les sirve a los autores para destacar lo que ocurre rápidamente –“enseguida”, dirá Freud (1920a/2001)– por parte de la joven para actuar, lo precipitado de su acción:

Un día sucedió lo que en esas circunstancias tenía que ocurrir alguna vez: el padre topó por la calle con su hija en compañía de aquella dama que se le había hecho notoria. Pasó al lado de ellas con una mirada colérica que nada bueno anunciaba. Y tras eso, enseguida, la muchacha escapó y se precipitó por encima del muro a las vías del ferrocarril metropolitano que pasaba por allí abajo. (p. 142).

Además de este énfasis en el actuar precipitado resaltado por los autores, considero fundamental lo que Freud señala al inicio de este párrafo: lo esperable de que este encuentro se produjera. Lo que considero en el orden de la sorpresa, no es la mirada de desprecio del padre, dado que en los paseos que la joven daba con la cocot cerca al trabajo del padre, quien no aprobaba dicha relación, ya tenía cierta presencia virtual en este accionar leído por Lacan (1962-1963) como *acting-out*; sino la respuesta de la cocot, quien le dice en ese momento que no quiere meterse en problemas, por lo que daba por finalizada la relación. Allí, podemos ubicar lo inesperado, una sorpresa que rompe con la homeostasis fantasmática.

Sin embargo, no perdamos de vista que una sorpresa no es necesariamente aterrada. En esta dirección es que nos parece importante tener en cuenta la lectura que realiza Lacan (1962-1963/2006) respecto al “dejar caer” –paradigma de la estructura del pasaje al acto– del intento de suicidio de la joven y la manera en que se repite en transferencia, pero por parte de Freud:

Lo extraño es que Freud tira la toalla, ante este agarrotamiento de todos los engranajes. No se interesa por lo que hace agarrarse, o sea, el desecho, el pequeño resto, lo que detiene todo y que, sin embargo, es lo que aquí surge como pregunta. Sin saber qué es lo que le produce ese embarazo, Freud está conmovido, como él mismo lo pone de manifiesto, sin duda, ante esta amenaza a la fidelidad del inconsciente. Y entonces, pasa al acto. (p. 143)

Nuevamente, y como mencionamos respecto a la paciente de “Recordar, repetir y reelaborar”, la sorpresa –y ahora sí– aterrada es transferida al analista. Como lo destaca Soler (2004), hay un maniobrar inconsciente por parte del paciente en la transferencia, como puesta en acto de la realidad sexual del inconsciente, para llevar al analista a producir la satisfacción muda fantasmática. De no efectuarse una maniobra que permita realizar una lectura de ello, la dimensión *tyquica* queda solapada por el automatismo. La posibilidad de sorpresa aterrada está en que el analista se deje dirigir, por las huellas del automatismo, para poder objetar la satisfacción en cuestión, gracias a

lo tyquico, cuestión que no tuvo lugar en el análisis con la joven en cuestión por el pasaje al acto de Freud, en el no querer saber sobre qué le producía a él tal embarazo, lo que se cristalizó en la derivación de la paciente con una analista mujer.

A estas referencias freudianas, sumemos una que encontramos en “Más allá del principio del placer”. Tengamos presente que, en el párrafo anterior al que estamos por mencionar, Freud destaca que los neuróticos repiten en la transferencia situaciones dolorosas e indeseadas, ubicando que, a pesar de su carácter displacentero, una compulsión empuja a ello. Allí podemos leer: Se conocen individuos en quienes toda relación humana lleva a idéntico desenlace: benefactores cuyos protegidos (por disímiles que sean en lo demás) se muestran ingratos pasado cierto tiempo, y entonces parecen destinados a apurar entera la amargura de la ingratitud; hombres en quienes toda amistad termina con la traición del amigo; otros que en su vida repiten incontables veces el acto de elevar a una persona a la condición de eminente autoridad para sí mismos o aun para el público, y tras el lapso señalado la destronan para sustituirla por una nueva; amantes cuya relación tierna con la mujer recorre siempre las mismas fases y desemboca en idéntico final, etc. (Freud, 1920b/2001, pp. 21-22)

Frente a estas situaciones, que Freud –haciendo una referencia a Nietzsche– plantea como “eterno retorno de lo igual”, hace especial hincapié en distinguir lo que sorprende de lo que no. Nos empieza diciendo que nos “asombra poco” en las ocasiones en las que podemos ubicar una conducta activa de estas personas, ya que podemos rastrear el rasgo de carácter que se mantiene en dichos casos y se expresa en la repetición de estas vivencias. Contrariamente, “nos sorprenden mucho” las ocasiones en que pareciera que se manifestara un destino con tal fuerza que, la persona en cuestión, sólo pudiera vivenciarlo pasivamente. Agreguemos: como si se tratara de mala suerte. Freud nos da un par de ejemplos: una mujer a quien, sucesivamente, sus tres maridos enfermaron y cuidó de ellos hasta sus muertes; y el asesinato de Tancredo a su amada Clorinda –consignado en la epopeya “La Jerusalén liberada”–, cuando ésta lo desafió a un combate disfrazada de un caballero enemigo, y la cual Tancredo vuelve a herir al golpear un árbol en el cual el alma de la difunta Clorinda se encontraba atrapado. En estas ocasiones, inclusive, lo que se presenta como tragedia –en tanto imposible de cambiarse por una fuerza exterior–, es “autoinducido y determinado por influjos de la temprana infancia”. (p. 21)

Vemos así el interjuego entre la repetición que no sorprende, y la repetición que sorprende. Como lo señalamos, no se trata de cualquier sorpresa, sino de una que aterriza y rompe la homeostasis. Es decir: hay sorpresas solidarias del principio del placer y otras que se presentan como más allá del principio del placer. ¿Qué se presenta como solidario de lo que sorprende y de lo que no sorprende? Lo que se repite como trágico es la relación del sujeto al Otro de la escena fantasmática. Valga recordar que no se trata de culpabilización yoica, de que se es culpable de

dichos acontecimientos, sino de ubicar la dimensión *éxtima* que, sin ser yo, es parte de mi ser; operación que permite la emergencia de la sorpresa aterrada.

Finalmente, remitámonos a un ejemplo que encontramos en Lacan, respecto al sueño consignado por Freud en “La interpretación de los sueños” conocido como “padre, entonces ¿no ves que me abraso?”. Allí podemos ubicar ese estatuto de bisagra, intermedio, de la sorpresa aterrada respecto a estas dos elaboraciones aristotélicas, *tyche* y *automaton*.

El texto del sueño, consignado por Freud (1900), reza:

Un padre asistió noche y día a su hijo mortalmente enfermo. Fallecido el niño, se retiró a una habitación vecina con el propósito de poder descansar, pero dejó la puerta abierta a fin de poder ver desde su dormitorio la habitación donde yacía el cuerpo de su hijo, rodeado de velones. Un anciano a quien se le encargó montar vigilancia se sentó próximo al cadáver, murmurando oraciones. Luego de dormir algunas horas, el padre sueña que *su hijo está de pie junto a su cama, le toma el brazo y le susurra este reproche: “Padre, entonces ¿no ves que me abraso?”*. Despierta, observa un fuerte resplandor que viene de la habitación vecina, se precipita hasta allí y encuentra al anciano guardián adormecido, y la mortaja y un brazo del cadáver querido quemados por una vela que le había caído encima encendida. (p. 504. Cursivas en el original)

Precisamente en la clase dedicada en el seminario “Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis” a *tyche* y *automaton*, Lacan hace mención a este sueño.

En una primera impresión, podríamos decir que no hay nada para sorprendernos: el hijo, muerto, se aparece en sueños, lo que hasta podría ser una “grata sorpresa”, reconfortante, al devolverle al padre su hijo. Los restos diurnos estarían dados por la luz que, desde la habitación continua, son integrados al sueño, además de la posibilidad de que el padre, antes de dormir, haya pensado en la posibilidad de que algo así pudiese ocurrir por la condición de anciano de quien cuidaba el cadáver de su hijo. Pero, como Freud destaca, esto resulta insuficiente para que tenga lugar un sueño. Las palabras emitidas por el hijo en el sueño, le hacen conjeturar que la frase “me abraso” pudo ser emitida por el hijo al padre durante su enfermedad, y “no ves”, en carácter de reproche, en un contexto desconocido.

Lacan realiza una lectura distinta a la de Freud, al plantear que lo crucial es la realidad que evidencia la posición deseante del padre. Lo que en la pesadilla se presentó como encuentro con lo real, en la vigilia entra en la vertiente de *automaton*: una pesadilla que despierta; un despertar para seguir soñando. El sueño se presenta en su función fundamental: deseo de dormir. La sorpresa que aterriza, que se manifiesta como reproche, evocación al padre del propio soñante en la pérdida insoportable de un hijo, es adormecida por el incendio en la habitación continua, al poder reprochar al anciano –“al viejo”, como sinónimo de padre– por su falta, propia de la función paterna; la que también lo constituye como sujeto deseante.

CONCLUSIONES

Inicialmente, gracias a revisar los desarrollos de Aristóteles respecto a *tyche* y *automaton*, ubicamos las tres premisas de la fortuna; la relación entre fortuna y finalidad, así como la participación de las cuatro causas. Al hacer de la fortuna una causa accidental, plantea que la fortuna concierne sólo aquellos que pueden elegir, contrario al azar, que se presenta como una elección a pesar de no haber elegido.

Gracias a esto, al ocuparnos de las reformulaciones de estas nociones realizadas por Lacan a la altura del seminario *Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, vimos que para el psicoanalista francés resulta decisivo ubicar la elección como inconsciente. Las nociones griegas mencionadas le resultan útiles para pensar la distinción entre transferencia y repetición, lo novedoso de la repetición, así como lo azaroso como encuentro fallido que se repite en la realidad fantasmática.

Posteriormente, gracias a los ejemplos relevados de la obra freudiana y lacaniana, evidenciamos que la sorpresa aterrada puede ser transferida al analista si éste es asaltado por los fenómenos de repetición en transferencia. Esto pone en riesgo la oportunidad de que pueda ser leído en clave *tyquica*, dado que ni siquiera el paciente advierte el carácter de repetición en su accionar, lo que puede resultar en la ruptura del vínculo analítico.

Igualmente, señalamos que el sujeto advierta un fenómeno de repetición resulta en sí mismo insuficiente, dado que la sorpresa aterrada requiere que, por lo menos, se insinúe el deseo del Otro como aquello que altere la homeostasis fantasmática como pantalla a lo real.

Finalmente, destacamos que los fenómenos *tyquicos*, como encuentros con lo real, pueden ser “adormecidos” por el *automaton*, más que presentarse como una oportunidad para la sorpresa aterrada. Es gracias a la intervención analítica que se puede reintroducir lo *tyquico*.

La sorpresa aterrada, que puede ser adjudicada a un destino, oscuro deseo del Otro, tragedia, puede cobrar valor de mensaje en un análisis, teniendo una causa para ello, asomo del sujeto inconsciente que, por la ficción del sujeto supuesto saber, amor de transferencia mediante, permita sopesar el horror al saber. Es ese agregado de aterrada en la sorpresa, de divisar una fuerza demoníaca que nos habita, la que puede funcionar como motivo de consulta, así como el paso de las entrevistas preliminares a la entrada en análisis, de allí que podemos conjeturar la presencia episódica de la sorpresa aterrada en diversos umbrales de un análisis, por lo que sería pertinente desarrollarlo en futuros textos.

BIBLIOGRAFÍA

- Alomo, M. y Muraro, V. (2025). El horror al saber y la sorpresa como invariante estructural. *Anuario de investigación*, (31). 189-196.
- Eleb, D. (2007). *Figuras del destino: Aristóteles, Freud y Lacan o el encuentro de lo real*. Manantial.
- Freud, S. (1901). La interpretación de los sueños. En *Obras completas*, vol. IV y V: Amorrortu, 2001.
- Freud, S. (1909). A propósito de un caso de neurosis obsesiva. En *Obras completas*, vol. X: Amorrortu, 2001.
- Freud, S. (1914). Recordar, repetir y reelaborar. En *Obras completas*, vol. XIV: Amorrortu, 2001.
- Freud, S. (1919). Lo ominoso. En *Obras completas*, vol. XVII: Amorrortu, 2001.
- Freud, S. (1920a). Sobre la psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina. En *Obras completas*, vol. XVIII: Amorrortu, 2001.
- Freud, S. (1920b). Más allá del principio del placer. En *Obras completas*, vol. XX: Amorrortu, 2001.
- Lacan, J. (1962-1963). *El seminario. Libro 10: La angustia*. Paidós, 2006.
- Lacan, J. (1964). *El seminario. Libro 11: Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*. Paidós, 2001.
- Lacan, J. (1968). “La lógica del fantasma. Reseña del seminario de 1966-1967”. En *Otros escritos*. Paidós, 2012.
- Soler, C. (2004). Transferencia e interpretación en las neurosis. En *Finale de análisis*: Manantial.